

¿Cómo acompañar en este tiempo? Inés Ordoñez. 5 de agosto 2020.

Quiero invitarlos a que entremos dentro de nosotros mismos ¿Qué nos ha pasado en este tiempo de confinamiento? ¿Cómo hemos vivido la cuarentena? ¡Tamaño imprevisto! ¿Cómo fui viviendo el desconcierto, la sorpresa, la protesta, el reclamo, la incertidumbre, el enojo? ¡Tantas cosas nos han pasado! Y todo esto es bueno para nosotros que somos acompañantes, porque entramos en una escuela de vida donde aprendemos que es el Señor el que nos acompaña. Nosotros somos instrumentos de este acompañamiento; entonces, es importante preguntarnos, ¿cuál fue mi experiencia, qué puedo decir de ella, cómo puedo exprimirla?

Si tuviera que dividir este tiempo en semanas, ¿qué me pasó? ¿Cuál fue mi salmo?.. Y si pudiera mirar todo este tiempo, ¿de qué puedo dar gracias? ¿Qué sentido le he encontrado a todo esto —aunque quizás todavía no lo encuentras—? ¿Dónde estás Señor en todo esto?

¿Cómo fue mi intimidad con el Señor? Nosotros que queremos vivir el cielo en la tierra, sabemos que nuestra vida pasa por una identificación cada vez mayor con él. Lo queremos, lo creemos y confiamos, ¿cómo fue mi confianza en este tiempo?

Muchas cosas han despertado y han salido capas muy profundas de nosotros mismos.

Cuando no hay respuestas y se impone el desconcierto se abren dos caminos: la negación y el aturdimiento. Tal vez las primeras semanas fueron de aturdimiento, y en algún momento llegó la crisis, conmigo misma, con las personas que me rodeaban, con Dios. O tal vez fue diferente, y de entrada este tiempo me invitó a un recogimiento y a poder crecer en intimidad. Y entonces, pude tener la experiencia de lo simultáneo, esto es, vivir por un lado la incertidumbre, el desconcierto, la protesta, el enojo... y por otro lado, vivir la confianza: estás aquí Señor ¿Ante quién temblaré?

¿Cómo me parece que el Señor me acompañó en este tiempo? ¿Cuáles fueron mis recursos? Pensemos en las situaciones difíciles, sobre todo en las relaciones. Si estaba solo, en la relación conmigo mismo, ¿qué pasó conmigo? ¿Cansancio, depresión, tristeza... miedo? O quizás, crisis con personas... ¿cómo fue pasar tanto tiempo con la misma persona? Si soy madre, con los hijos, el colegio, las clases, y al mismo tiempo trabajar y la vida de pareja; ni siquiera en vacaciones habíamos pasado tanto tiempo juntos. Tal vez al principio fuimos creativos, divertidos, pero en la hora decisiva ¿cómo fue mi grito a Dios? O tal vez aún no sale el grito y no estoy en el clamor, sino en el reclamo... o estoy sumida en que todo esto va a pasar y no logro aceptar que ahora es así... ¿y si lo aceptamos? ¿Y si empezamos a entrever entre el trigo y la cizaña, y despejamos para ver dónde

está el Señor y poder escuchar de él... aquí estoy, amándote? Entonces, descubrimos cómo la fe se vuelve luminosa en la incertidumbre.

En el huerto el Señor pasó por el miedo, la tristeza y la angustia: “Padre, si es posible aparta de mí este cáliz”. Después se dejó despojar y flagelar; esta adversidad, ¿cómo la estoy recibiendo en mi identificación con Cristo?

Para acompañar se hace necesario aprender a vivir en simultáneo: me está pasando algo y desahogo mi corazón en el Señor. La pregunta que nos acompaña es ¿Dónde está Dios? Hay que llevar a la persona a que confíe. ¿Dónde estás Señor?... es doloroso el aislamiento, tantos han muerto, tantas familias sufren... es inimaginable. Son realidades que solo se pueden vivir en la confianza. Para vivir sanos y enteros necesitamos una confianza viva... “Señor si es posible...”. Tengo que pasar por el desahogo, el grito y hacer una oración viva... en la oración está el desahogo... pero luego, para que surja la confianza, tiene que haber silencio en el fondo de mi corazón; para escuchar a Dios es necesario silenciarnos... y Dios nos habla a través de todo lo que estamos viviendo.

El Señor está con nosotros, amándonos y transformando todo esto en un bien mayor: “Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios...” (Rm 8,28). Es un tiempo para reavivar la fe: “Consideren como un gran gozo, hermanos míos, cuando estén rodeados por toda clase de pruebas, sabiendo que la calidad de su fe produce paciencia...” (St 1,2). Y entonces, ahí se verá cómo se vive el cielo en medio de la incertidumbre, la adversidad, la tribulación, la injusticia...

¿Qué hace que podamos vivir el cielo en la tierra? La confianza.

Para vivir en esa confianza la fe tiene que estar anclada en la Santísima Trinidad. La fe es una esperanza que se hace viva, un amor que lo atraviesa todo ¡El amor es más fuerte! Pero soy probado, entonces no sé si es más fuerte porque me viene el malhumor, la desesperanza, la rabia... pero todo esto puede transformarse en un momento oportuno para dejar que el Señor trabaje en mí como trabaja el alfarero con el barro. Para esto, es fundamental vivir presente y atento a todos los demonios que salen de mí... ¿qué hacer con ellos? Me sitúo en el presente, a cada día le basta su afán y en la noche puedo hacer una higiene del corazón... y puedo preguntarme qué me pasó, y entregarle todo esto al Señor. Así, renuevo mi decisión de querer amar, de mirar con buenos ojos, de confiar y atravesar las tormentas... el Señor en las tormentas está con nosotros... ¿Pero lo creo? Es tiempo de fe.

Es muy difícil acompañar en este momento si yo no me estoy dejando acompañar por el Señor ¿Qué experiencia estoy teniendo de su mano? El Señor nos está amando y abrazando en medio de muchas preguntas que nos surgen y que no sabemos las respuestas.

Karl Rahner dijo que el cristiano será un místico o no será nada. Entramos en el siglo XXI con un misterio donde nadie sabe nada; la ciencia y la medicina tampoco tienen las respuestas. Más nosotros sabemos, tenemos una certeza: ¡Dios está con nosotros! Y está transformando todo para un bien mayor. Pero en este bien mayor nosotros somos llamados a colaborar con el Señor ¿Cómo voy remando con el Señor hacia la otra orilla?

Hemos escuchado que en muchas personas está despertando la espiritualidad. Esto es así, porque estamos en un misterio... en el misterio de nosotros mismos. Ese misterio nos ahonda y orillamos el misterio de Dios, pero desde la fe. Vamos teniendo la experiencia de la fortaleza al mismo tiempo que vivimos el impacto de lo que nos está pasando. La fortaleza no nos preserva del impacto; pero no me voy a morir de tristeza, miedo ni angustia... porque el amor es más fuerte que la muerte.

Y me puedo morir, y de esto sí se está hablando. En este tiempo es importante hablar de la vida y de la muerte, y hablar del Señor de la vida. Entonces, es un acompañamiento en la fe y en la confianza, una oportunidad única. Es un acompañamiento para darnos cuenta de nuestra finitud, vulnerabilidad y pequeñez... y al mismo tiempo abrimos a la grandeza de este amor. Es una experiencia, y experiencia es atravesar, por eso es maravilloso este tiempo. Alégrese en la tribulación porque este tiempo nos está dando la posibilidad a nosotros de identificarnos con Jesucristo, a ver si realmente se cumple en nosotros aquello de poder atravesar por oscuras quebradas sin temer, porque el Señor está con nosotros. Es la ocasión de hacer esta experiencia.

Pero también somos educados, porque no lo voy a sentir, no voy a sentir nada... lo que sentiré será mi miedo incertidumbre y angustia. Nuestro apoyo es la oración, la palabra, la salmodia... desahogar mi corazón, entregar mi vida, el silencio, la contemplación... cuando ya no queda nada, me quedo en el estás aquí Señor y creo... y quiero lo que tú quieres, ten piedad de mí Señor.... en el silencio, para que la fe se pronuncie en el silencio... oriento mi deseo a Dios y vamos direccionados hacia el Señor.

...Es una locura que sea un tiempo favorable para encontrar al Señor, un tiempo para dar gracias, para reforzar las relaciones, un tiempo para preguntarnos... sin tener respuestas... y que todas nuestras preguntas terminen en el corazón de Cristo: tú eres la respuesta.

Una vez que nosotros nos dejamos acompañar así por el Señor, nuestro acompañamiento a la persona viene solo, porque acompañaremos lo que hemos vivido. En la escucha contemplativa del otro, veremos una persona que vive la impotencia, la fragilidad, la vulnerabilidad, el miedo y la angustia... pero que acompañada desde Cristo, puede renacer.

